



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE OCTUBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## De revólveres y tules

SIN CRISTO EN EL CORAZÓN  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Brillaban, verdes destellantes, los minerales. Ramiro colocó las cinco gemas sobre el cojín del sillón donde solía sentar a la mujer que amaba. Los contempló con estupor, con emoción avasalladora, la que jamás había sentido antes, inaudita e inalcanzable, como alimentada por el corazón de algún dios azteca. Aquello se sentía distinto al esplendor vulgar de las ráfagas de fuego y explosión tan comunes para él: provocadas por el cañón de fusiles accionados, fuera en el improvisado campo de tiro de su propio rancho, o ametrallando los malditos cuerpos de sicarios, del cártel enemigo.

“Esas piedras son símbolo de poder, inmortalidad y eterna juventud”, le dijo el hombre que le ofrecía las joyas en venta. “En la antigüedad se consideraban símbolos de paciencia y amor. Y dicen que quien las utiliza... puede ver el futuro”. Ramiro deseaba hacer un anillo, dos aretes y un colgijue con las esmeraldas verdes para regalárselas a la mujer de la que estaba enamorado. Nunca había sentido algo similar por un ser humano. Le había llegado el momento. Se trataba de una chica a quien había conocido vendiéndole drogas. Ella le coqueteaba cuando lo contactaba para comprarle algo. Hasta que aceptó salir a comer con él. Se dieron un par de besos. Luego se enteró de que era pretendida por alguien más, un licenciado del pueblo. La secuestró. La mantuvo en su rancho tres semanas. No le importó que los padres de la muchacha la anduvieran buscando desquiciadamente: no como a la joya de valor sentimental que ha sido robada, sino como a las entrañas que han sido heridas por fillos de cuchillos y lanzadas al abismo. La buscaron por tierra, mar y aire; acompañados por policías, por narcotraficantes y por la familia más próxima. Hasta que Ramiro se compadeció. Les marcó por celular. “Me llamo así y así. Su hija está conmigo. No se va a ir de aquí porque yo la quiero y no la voy a soltar”.

Había días en que ella golpeaba con rabia los muebles en protesta por su encarcelamiento. Él desenfundaba la pistola y soltaba tres o cuatro disparos al piso de tierra en el que vivían. La muchacha se lanzaba sobre la cama; bañada en sangre, sudor y lágrimas; pateando y maldiciendo el día en que había decidido meterse en las drogas, conociendo entonces a Ramiro. “Un día de estos voy a vaciar la pistola entera sobre ti... si no logras querermé”.

Pasó un mes más... y la joven se tranquilizó. Comenzó a sentir afecto por su victimario. Lo convenció de que la acompañara a casa de sus padres. Aquellos se hincaron inmediatamente de alegría al verla. Comenzó así una serie,



una secuencia de idas y venidas, de carnes asadas y borracheras que se extendían toda la noche y bien entrada la mañana, hasta que las conversaciones se tornaron en cariño bendito.

Los padres tuvieron la confianza para decirle a Ramiro: “Deja ese pinche negocio de mierda y dedícate a algo bueno”. Pero él tenía todo lo que necesitaba, hasta ese momento, tratando con drogas.

Hasta que la chica se embarazó. La prueba de orina fue la primera sospecha y luego, un ginecólogo lo confirmó. Ramiro comenzó a mezclar, en sustancias ilegales de insomnio: nuevos sueños. ¿Cómo podía continuar siendo un narco, cuando tenía la misión de educar a un hijo? ¿Su propio hijo! ¿Cómo podía explicarle a su vástago lo que era correcto, o incorrecto, hacer en la vida?

Había huido de Veracruz al haber matado a un hombre: A un asesino a sueldo que, en una borrachera de confusiones, le soltó tres balazos a la cabeza al hermano de Ramiro. Esa misma madrugada, Ramiro sorprendió en su choza al homicida en sueños y acabó con él a machetazos. “Eso de la policía y la justicia... no existen en aquellos lares, señores”, les explicó a sus suegros cuando se enteraron. Dejó a su madre e hizo el viaje a Monterrey, luego a Pesquería, a 333 metros sobre el nivel del mar.

Conoció a su chica. Se enteró de su embarazo y llamó al joyero. Aquel le trajo lo más preciado que tenía: cinco piedras de esmeralda. Cuando pagó por ellas y las recogió del cojín donde habían sido expuestas a su vista: Una sábana

negra le nubló la vista. “No sobrevivirás”, escuchó decir a una voz.

Buscó a un sacerdote. “No soy de las iglesias tradicionales; pero sí... lo único que encontrarás en la región”, le dijo el viejo en sotana blanca y le prestó su oído. “No aceptas a Jesucristo en tu corazón”, concluyó el viejo. “Eso es correcto, Padre, mi corazón se niega”. “Toma este libro”, le respondió el hombre cauteloso y continuó: “Es una historia de pecados”. Ramiro abrió la primera página y leyó: “No hay pecado que Yo haya cometido, que no será perdonado. Para el resto... y ser salvo, pagarás en precio conforme a tu esfuerzo”.

LAS CHAMBRITAS QUE NUNCA TEJÍ  
OLGA DE LEÓN G.

No es simple retórica ni estrategia para atrapar la atención de virtuales lectores, sino mi realidad del momento actual, los últimos dos años: no sé cómo es que escribo, de dónde vienen las ideas; ni si lo que escribo puede interesarle a alguien leerlo, al grado de seguir esperando para leer lo que saldrá publicado la siguiente, y la siguiente semana.

Qué estupendo sería saber que eso sucede al menos en uno o dos lectores; por supuesto no de la familia, lo cual estoy seguro que así es, porque nadie de casa o de la familia lee lo que el director de la casa editora, aprueba para que se nos publique. Algo bueno deberá encontrar en nuestros textos, que continúan apareciendo en el suplemento... y, por eso, no me ha dicho: “señora, mejor será que se dedique a tejer chambritas para los

nietos en su casa, ya que aquí nada más le queda por hacer”. Aunque mis cuentos, relatos o reflexiones nunca han alcanzado los niveles de madurez y libertad que poseo, pero no nuestro.

Y, sin embargo, mis princesas y príncipes, en cambio, sí tienen sus propias alas como para sobrevolar los bosques donde crecieron y viajar en el tiempo y por el espacio infinito del universo. Así esa historia que me llegó por correo, sin remitente -sin dirección ni autor o firmas- que identificara su procedencia y diera certeza a lo que la misiva dice. Les participaré lo que en ella se me dice:

Hace cientos y cientos de años... En un lugar muy lejano, de cuyo nombre no quiero acordarme... En lo más recóndito de su espíritu... Desde la nube más alta y más gorda... Con el corazón sangrando sin que mácula de rojo de él cayera... Allí donde no llegan ni los pájaros volando o los venados saltando, ni los leopardos o algún tigre corriendo solitario y perdido... Allí, en alguno de esos espacios fantásticos, nacerá tu próximo cuento.

Y el cuento nació al fin, aunque solo sea para dar testimonio de que las princesas de tul, perlas y encajes sí existieron y existen.

Solo que ahora se visten de “jeans”, usan tenis cómodos o exóticas botas, que se quitan bajo el largo mantel de la mesa, y van al centro de la pista, con el gallardo príncipe que las acompaña, o aparece -procedente, quién sabe de dónde- dispuesto a cumplir con el menor detalle o capricho de su amada princesa: ¿caso, esto no sería el principio de un buen cuento?

Sí, en la historia de otra prosista, una romántica y enamorada del pasado y sus dificultades: como encender el fogón, amasar kilos de harina para empanadas y, efectivamente, hornear y tejer chambritas... para cualquier bebé en la casa o el castillo... No en quien siempre ha soñado con un futuro mejor y con la justicia y la equidad entre los hombres como entre las mujeres.

Así que, un cuento que empiece con la labor de tejer chambritas solo puede terminar con un príncipe que toma la escoba y barre el frente de su casa y saca la basura cada que el camión recolector pasa. Y, luego entra a preparar un delicioso y nutritivo licuado de fresa con media taza de avena cruda, un montón de 20 o 30 arándanos, 4 cucharadas de yogur sin azúcar, una taza y media de leche light descremada, media taza de agua, y seis o siete almendras, por vaso (salen dos vasos grandes): uno para la princesa sin tules ni delantales, que debe correr a sus clases y otro para el marido que se metió a bañar después de barrer el frente de su casa, de sacar la basura y preparar el desayuno casi “instantáneo”.

**Gabriel Marcel**

(París, 1889-1973) Filósofo francés de origen judío, uno de los mayores representantes de la corriente del existencialismo cristiano que se desarrolló paralelamente al existencialismo "ateo" de Jean-Paul Sartre.

Gabriel Marcel se convirtió al catolicismo en 1929, y fue profesor en la École Normal Supérieure de París y en varios institutos franceses y de otros países. Además de su obra filosófica, hay que mencionar su actividad como crítico teatral para Les Nouvelles Littéraires y sus obras dramáticas, como Un hombre de Dios (Un homme de Dieu, 1925). Otras obras suyas dignas de mención son Diario metafísico (Journal métaphysique, 1927, 1935), Ser y tener (Être et avoir, 1935); Du refus à l'invocation (1940); Homo viator (1944); El misterio del ser (Le mystère de l'être, 2 vol. 1951); Le déclin de la sagesse (1954); En chemin, vers quel éveil (1971), Percées vers un ailleurs (1973), La Capilla ardiente y El mundo quebrado.

En su pensamiento se hace sentir la doble influencia de Henri Bergson y del pensamiento idealista angloamericano, sobre todo por lo que se refiere a la enseñanza ética y religiosa de Francis Herbert Bradley y Josiah Royce. Defendió el primado de la filosofía del conocimiento, y afirmó que la metafísica no debe degradar el misterio ontológico a problema sino reconocerlo como tal. Su pensamiento es esencialmente una filosofía de lo indemostrable, una exploración de los elementos de la realidad que no se pueden aprehender mediante el conocimiento objetivo.

En el plano metodológico, distingue entre una primera reflexión, que crea espontáneamente los conceptos y los juicios de valor que se encuentran en la base de la representación habitual del mundo exterior, y una segunda reflexión que, analizando la primera, descubre sus contradicciones y distorsiones. De esta forma, suscita en nosotros un conocimiento más auténtico de la propia experiencia y de sus implicaciones.

Esta "reflexión a la segunda potencia" conduce a la percepción de la inmediatez que, según el autor, es al mismo tiempo conocimiento y ser. La diferencia entre "problema" y "misterio" consiste en que el primero se caracteriza por estar totalmente delante del sujeto, permitiendo distinguir entre el sujeto y el objeto, mientras que el misterio, por el contrario, es algo en lo que el yo se encuentra inmerso y comprometido, donde es abolido el límite entre el yo y lo otro. Por lo tanto, el conocimiento implica al propio ser, es interior, y constituye a su vez un misterio que la metafísica deberá reconocer.

La fenomenología del misterio del ser, que el autor describió en sus manifestaciones fundamentales (la fidelidad, el amor, la esperanza, la familia) entra directamente en contraposición con el planteamiento posesivo y utilitarista propio de la época contemporánea, que se resume con el término "tener". La lucha contra este "esprit de l'ivoir" es esencial para construir la verdadera posibilidad de la revelación del ser.

Por lo que se refiere a la reflexión sobre la noción de verdad, reconoció la influencia del pensamiento de Heidegger. La verdad, opuesta a la objetividad como simple verificación, es la forma que adquiere la llamada del ser y la respuesta que le da el sujeto. El último período de su especulación filosófica se caracteriza por su crítica a la categoría de utilidad y por el acercamiento de la filosofía al plano de la sabiduría.

*ad pédem literae*

Con buenas palabras se puede negociar; pero para engrandecerse se requieren buenas obras

Lao-tsé

**Letras de buen humor**

Discúlpeme, no le había reconocido: he cambiado mucho

Oscar Wilde

Mónica Lavín

## Los caminantes

Hace 25 años fui al Soconusco buscando huellas de la vida de mis abuelos Lavín Riaño, pues mi abuelo Miguel y sus hermanos montaron una finca de café llamada El chorro. Era 1911, mi abuela se casó por poder con él en Santander y navegó para encontrarse tres años después en ese lejano Tapachula, tan distante y distinta a su natal ciudad cántabra. Ellos venían buscando un futuro, yo iba buscando el material para mi novela Café cortado. Tenía la intención no resuelta de averiguar quién mató a mi abuelo en 1929.

He vuelto a Tapachula invitada por la Feria Internacional del libro de la Universidad Nacional Autónoma de Chiapas que, por primera vez, se extiende a la zona Pacífico. Este viaje además de la amabilidad de los anfitriones, de los gozos culinarios chiapanecos —quesos, tamales, camarón seco, tascalete, garnachas— me confrontó con un paisaje distinto. Campamentos aquí y allá en plazas, claros en la carretera, cunetas, aceras, estacionamientos donde minúsculas carpas improvisan una pequeña comunidad con la ropa tendida, niños jugando, gente comiendo o charlando. Aspectos físicos distintos desde los muy largos de piel oscura haitianos como muchos de origen salvadoreño, guatemalteco, nicaragüense, hondureño, venezolano... Dicen que las mujeres cubanas parten plaza y hay quien ha visto los elegantes autos de los potentados levantar alguna.

Pero bastó salir de la ciudad tomando la carretera a Tonalá para observar la puesta del sueño migrante en marcha. Entre uno y otro retenes pude ver, con la

explicación de quienes me llevaban, las hileras de caminantes internarse a los costados entre las matas para eludir la revisión y poder proseguir hacia su meta. Todo el tiempo al costado derecho los caminantes bordaban con sus pasos el paisaje carreteril. Grupos de jóvenes con la mochila en la espalda, o familias con niños pequeños sobre los hombros o intentando seguirle el paso a sus padres. ¿A dónde vamos?, preguntarán. Supongo que la madre y el padre, jóvenes y fuertes y deseosos de otra vida menos amenazada y con una promesa de bienestar, les iluminarán el trayecto con imágenes del paraíso que encontrarán una vez que crucen del otro lado, recorriendo más de 4 mil kilómetros.

Los caminantes no giraban la cabeza, no pedían aventón, miraban de frente atareados en su propósito. Conmovía ese peregrinaje que mueve a los migrantes del mundo a alcanzar un sueño posible. La Bestia ya no llega a Tapachula, seguramente lo abordarán clandestinamente en Oaxaca. Ocuparán el techo de los vagones como los resquicios en Tapachula. Se aferrarán con sus fuerzas y su vehemencia y abrazarán a las crías para que el viento y los jalones y las frenadas no los lancen tierra abajo. Ellos van a la tierra prometida, aunque sea muy difícil, aunque a lo mejor se queden varados en otra ciudad fronteriza que cada vez acumula más sueños resignados, más población que se queda en este lado. Los pasos de los caminantes insisten en recordar el derecho que tenemos todos a una vida mejor; la ilusión que nos mantiene en pie de que esa vida existe y que vale la pena caminar por ella de la



frontera sur de México a Tijuana en la frontera con Estados Unidos. Entristece que los países de origen no puedan retener a quienes ahí nacieron y que tendrán que renunciar al arraigo, al apego, a los suyos. Enfurece la incapacidad de cada uno de nuestros países que no ofrece las condiciones para una vida digna.

Vengo de abuelos migrantes: tomaron

el barco, tomaron el tren.

Mis abuelos maternos no tuvieron más remedio porque había una guerra en España que perdieron, mis abuelos paternos soñaban un bienestar para la familia que fundarían. Podría costarle la vida a alguien, como pasó con mi abuelo. Pero nada detiene el paso decidido de la migración.